

Año Santo de la misericordia



“... Seamos misericordiosos como el Padre...”



Arquidiócesis de Quito

Equipo Arquidiócesis Quito, Jubileo de la Misericordia
jubileodelamisericordia@arquidiocesisdequito.com.ec



Centro Bíblico Verbo Divino

Telf.: (02) 320-2406 / (02) 255 8512
E-mail: ventas@centrobiblicoquito.org

En coedición con:



CSPP José Ruaro

Telfs.: (02) 2419 149 / (02) 2419 693
E-mail: publicacionespastorales@salesianos.org.ec

Impresión: Imprenta Don Bosco

Quito - Ecuador

Presentación

El Papa Francisco nos invita a todos los creyentes a contemplar el misterio de la misericordia de Dios. Él es la fuente de la alegría, de la serenidad y de la paz.

El mundo de hoy y todos nosotros necesitamos alimentarnos con el pan de la misericordia. Sólo así, cambiaremos nuestras relaciones de violencia y de injusticias por miradas con ojos de amor a los hermanos que encontramos en el camino de nuestra vida.

Dios Padre, «rico en misericordia» (Ef 2,4), después de haber revelado su nombre a Moisés como «Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y pródigo en amor y fidelidad» (Ex 34,6) no ha cesado de dar a conocer en varios modos y en tantos momentos de la historia su naturaleza divina. En la «plenitud del tiempo» (Gal 4,4), cuando todo estaba dispuesto según su plan de salvación, Él envió a su Hijo nacido de la Virgen María para revelarnos de manera definitiva su amor. Quien lo ve a Él ve al Padre (cfr Jn 14,9). Jesús de Nazaret con su palabra, con sus gestos y con toda su persona revela la misericordia de Dios.

Las reflexiones de este librito pueden servirnos a cultivar en nuestras vidas el amor, la misericordia y la fe.

Que este tiempo del Jubileo de la misericordia nos ayude a ser mejores personas y discípulos comprometidos con Jesucristo que es el rostro de la misericordia del Padre. La Palabra de Dios se ha vuelto viva, visible y ha alcanzado su cumbre en Jesús de Nazaret.

Contenido

| | |
|---|-----------|
| Presentación | 3 |
| Contextualización de la Bula | 5 |
| Asamblea 1 | 7 |
| Jubileo para ser misericordiosos como Dios. | |
| Asamblea 2 | 11 |
| Jesucristo, es misericordioso como su Padre. | |
| Asamblea 3 | 15 |
| La Iglesia invitada a vivir el Júbilo de la Misericordia. | |
| Asamblea 4 | 20 |
| La misericordia es la voluntad de Dios. | |
| Asamblea 5 | 25 |
| La misión del creyente es anunciar la misericordia. | |
| Asamblea 6 | 30 |
| Fe y justicia como espiritualidad de la misericordia. | |
| Asamblea 7 | 35 |
| El jubileo de la misericordia es permanente. | |
| Estudio 1 | 40 |
| Año de la misericordia o jubileo (Raíces Bíblicas). | |
| Estudio 2 | 46 |
| La Misericordia de Dios, respuesta al pecado. | |
| Estudio 3 | 52 |
| La reconciliación. | |
| Estudio 4 | 55 |
| Para confesarnos bien. | |

Contextualización de la Bula

El Papa Francisco promulgó la Bula *Misericordiae Vultus* el 11 de abril de 2015, a fin de convocar un Jubileo de la Misericordia que se inicia el 8 de diciembre del mismo año. La Bula fue leída la víspera de la fiesta de la Divina Misericordia, delante de la Puerta Santa de la basílica de San Pedro, por parte de Leonardo Sapienza, protonotario apostólico, en presencia del Papa Francisco, cardenales y obispos.



Roma, sino en todas las diócesis del mundo. La Puerta Santa será abierta por el Papa en la basílica de San Pedro el 8 de diciembre, y el domingo siguiente se lo hará en todas las iglesias del mundo, incluidos los santuarios, destino de muchos peregrinos. La *Misericordiae Vultus* se compone de 25 números que no están divididos

en secciones o capítulos. Si nos arriesgamos a hacer una estructura, sería así:

- Introducción (1-2)
- Convocatoria al Año Jubilar y sentido de su celebración (3-5)
- Misericordia en la Sagrada Escritura (6-9)
 - Eclesiología de la misericordia y el Magisterio (10-12)
- Prácticas propuestas para el Año Santo (13-19)
- Misericordia en la relación Fe-Justicia (20-22)
- Misericordia, ecumenismo y diálogo interreligioso (23)
- María, Madre de la Misericordia (24)
- Conclusión (25)

La apertura del Año de la Misericordia coincide con el aniversario 50 de la clausura del Concilio Vaticano II: *“...los Padres reunidos en el Concilio habían percibido intensamente, como verdadero soplo del Espíritu, la exigencia de hablar de Dios a los hombres de su tiempo en modo más comprensible. Derrumbadas las murallas que por mucho tiempo habían recluido la Iglesia en una ciudadela privilegiada, había llegado el tiempo de anunciar el Evangelio de modo nuevo”* (No. 4).

Una particularidad de este Año Santo es que se va a celebrar no sólo en

El Papa Francisco, así, quiere recuperar la enseñanza de San Juan XXIII, que habla de la “medicina de la Misericordia”, y de Pablo VI, que habla de “la misericordia del buen samaritano”. La Bula explica los aspectos sobresalientes del jubileo, la peregrinación y, sobre todo, del perdón. Tema que interesa al Papa son las obras de misericordia que deben *“despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina”* (No. 15).

En vista de esto, el Papa Francisco anuncia que en la Cuaresma del 2016 enviará “Misioneros de la Misericordia” (No. 18) a predicar y otorgar el perdón de Dios. Con esta original iniciativa, se resalta la urgencia del cuidado pastoral, que debe estar por encima de legalismos, apuntando al amor misericordioso de Dios (No. 20-21).

En el No. 19 se hace un llamado contra la violencia y contra los promotores y cómplices de la corrupción. Son palabras que denuncian una “llaga putrefacta” que impide la conversión: *“¡Este es el tiempo oportuno para cambiar de vida! Este es el tiempo para dejarse tocar el corazón. Delante a tantos crímenes cometidos, escuchen el llanto de las personas depredadas por ustedes de la vida, la familia, los afectos y la dignidad. Seguir como están es sólo fuente de arrogancia, ilusión y tristeza. La verdadera vida es algo distinto de lo que ahora piensan. El Papa les tiende la mano. Está dispuesto a escucharles. Basta solamente que acojan la llamada a la conversión y se sometan a la justicia mientras la Iglesia les ofrece misericordia”* (No. 19).

La indulgencia, tema tradicional del Jubileo, se desarrolla en el No. 22, unido a un tema novedoso y esperanzador: se debe alcanzar a los hermanos musulmanes y judíos: *“este Año Jubilar vivido en la misericordia pueda favorecer el encuentro con estas religiones y con las otras nobles tradiciones religiosas; nos haga más abiertos al diálogo para conocerlas y comprendernos mejor; elimine toda forma de cerrazón y desprecio, y aleje cualquier forma de violencia y de discriminación”* (No. 23).

Es deseo del Papa que este Año Santo ayude a vivir la misericordia, dándonos una oportunidad de *“vivir cada día la misericordia que desde siempre el Padre nos dispensa. En este Jubileo dejémonos sorprender por Dios. Él nunca se cansa de destrabar la puerta de su corazón para repetir que nos ama y quiere compartir con nosotros su vida... Que la Iglesia sea eco de la Palabra de Dios que resuena fuerte y decidida como palabra y gesto de perdón, soporte, ayuda, amor...”*.

El fin del Jubileo tendrá lugar en la solemnidad de “Jesucristo, Rey del Universo” (20 de noviembre, 2016). Ese día, *“cerrando la Puerta Santa, tendremos sentimientos de gratitud y reconocimiento a la Santísima Trinidad por habernos concedido un tiempo extraordinario de gracia. Encomendaremos la vida de la Iglesia, la humanidad entera y el inmenso cosmos a la Señoría de Cristo, esperando que difunda su misericordia como el rocío de la mañana para una fecunda historia, aún por construir con el compromiso de todos en el futuro”* (No. 5).



Jubileo para ser misericordiosos como Dios



El Dios de la misericordia nos habla

“Pasados cuarenta y nueve años, al llegar el día diez del séptimo mes, harás resonar el cuerno. Será el día del perdón; harás resonar el cuerno en todo el país. El año cincuenta será para ustedes año santo, año en que proclamarán una amnistía para todos los habitantes

del país. Será para ustedes el jubileo. Los que habían tenido que empeñar su propiedad, la recobrarán; los esclavos regresarán a su familia... No sembrarán ni segarán los rebrotes, ni recogerán la viña sin cultivar, pues es año jubilar. Será para ustedes un año santo en que comerán lo que el campo produce por sí solo. Este año jubilar cada uno volverá a su propiedad.

Por eso, si venden o compran algo a su prójimo, no lo engañen: paguen de acuerdo al número de años transcurridos después del jubileo y, según el número de años de cosecha,

él te fijará el precio de venta: cuantos más años quedan, mayor será el precio. Si ponen mis leyes en práctica y observan mis mandamientos, vivirán seguros” (Lev 25,13-19).

Comentario

— Para la tradición bíblica existe un año especial en el que se perdonan las deudas y se anuncia la liberación. En el texto de Levítico se habla de los *años santos* en los cuales se viven la perspectiva de la Alianza pactada entre Dios y su pueblo Israel.

— Las acciones del pueblo en el año jubilar debían ser misericordiosas: liberar a los esclavos, cancelar las deudas, recuperar las propiedades, dejar regresar a los extranjeros y desterrados a sus países de origen. Este anuncio también está en el libro del Isaías, donde el profeta dice que el Espíritu del Señor está sobre él y que le ha enviado a anunciar el año de gracia de Yahvé (Is 61,1-2).

— Jubileo es alegría, estado de renovada esperanza, año de indulgencias, cuando comprendemos que “en la muerte y resurrección de Jesucristo, Dios hace evidente ese amor que es capaz incluso de destruir el pecado de los hombres. Dejarse reconciliar con Dios es posible por medio del misterio pascual y de la mediación de la Iglesia” (MV, 22).

— Dios se muestra indulgente y compasivo con su pueblo, y espera que esas actitudes también las vivamos nosotros en nuestra vida cotidiana, con relación a las personas que nos rodean. El concepto de Jubileo, de Año Santo, define un tiempo propicio para la misericordia, el amor y el perdón, valores que nos permiten vivir la reconciliación y la amistad con nosotros mismos, con la familia, con la comunidad, con el mundo.

Texto provocador de la bula

Siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia, fuente de alegría, serenidad y paz. Es condición para nuestra salvación. Misericordia es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad. Misericordia es el acto último con el cual Dios viene a nuestro encuentro. Misericordia es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida. Misericordia es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre, no obstante el límite de nuestro pecado (MV, 2).



Preguntas para la reflexión grupal

Leamos con detenimiento y respondamos a las siguientes preguntas. En un papelógrafo ponemos nuestras respuestas para compartir.

- ¿Qué frase nos llama la atención de este numeral?
- ¿Qué desafío nos deja esta reflexión del Papa Francisco?



Caso de vida

Cuenta la historia que una madre afligida fue donde el emperador Napoleón Bonaparte, a pedirle perdón para su hijo. El emperador le recordó que era el segundo delito que cometía ese hombre y que la justicia exigía que sea ejecutado.

- “No pido justicia, Señor”, dijo la madre, “pido misericordia”.

- “Pero señora”, respondió el emperador, “su hijo no merece misericordia alguna”.
- “Su excelencia”, prosiguió la madre, “si se la mereciera, no sería misericordia, y misericordia es todo lo que le pido”.
- “Muy bien”, dijo el emperador, “tendré misericordia”. Y así se salvó la vida de su hijo.

Preguntas para la reflexión grupal

- ¿Qué sensaciones despierta en el grupo este relato?
- ¿Qué enseñanza nos queda?

Trabajo en grupo

Después de compartir en grupo, resumamos nuestra reflexión en una frase que recoja la misericordia de Dios que quiere reconciliarnos con Él y con los hermanos. Hagamos un compromiso para este día/semana. Compartimos antes de hacer la oración final.

Nuestra frase:

.....

.....

Nuestro compromiso:

.....

.....

Oración conclusiva

Tomados de las manos y de manera pausada
hacemos la siguiente oración:

*El Señor es mi pastor, nada me falta.
Por prados de fresca hierba me apacienta.
Hacia las aguas de reposo me conduce, y conforta mi alma;
me guía por senderos de justicia, en gracia de su nombre.
Aunque pase por valle tenebroso, no temeré, porque tú vas conmigo;
tu vara y tu cayado, ellos me sostienen.
Tú preparas ante mí una mesa frente a mis adversarios;
unges con óleo mi cabeza y rebosas mi copa.
Sí, dicha y gracia me acompañarán todos los días de mi vida;
mi morada será la casa de Dios a lo largo de los días (Sal 23).*



Jesucristo es misericordioso como su Padre



El Dios de la misericordia nos habla

“Jesús dijo: Yo soy la puerta, el que entre por mí estará a salvo. El ladrón sólo viene a robar, matar y destruir, mientras que yo he venido para que tengan vida y la tengan en plenitud. Yo soy el Buen Pastor que da su vida por las ovejas. No así el asalariado que no es el pastor, ni las ovejas son suyas; cuando ve venir al lobo huye, abandonando las ovejas... A

él sólo le interesa su salario y no le importan nada las ovejas. Yo soy el Buen Pastor y conozco a los míos, y los míos me conocen a mí, lo mismo que el Padre me conoce a mí y yo conozco al Padre. Yo doy mi vida por las ovejas. Tengo otras ovejas que no son de este corral, a esas también las llevaré. El Padre me ama porque yo doy mi vida para retomarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que yo mismo la entrego” (Jn 10,8-17).

Comentario

El “rostro” tiene lugar central en la *Misericordie Vultus*: “Jesucristo es el *rostro de la misericordia* del Padre” (MV 1); “contemplar el *rostro de la misericordia*” (4); “*rostro misericordioso* de Jesús” (8); “re-descubrir el *rostro misericordioso* del Padre” (17); “verdadero *rostro de Dios*” (21); “contemplar el *rostro de la misericordia*, su hijo Jesús” (24); “introducir a todos en el misterio de la misericordia de Dios, contemplando el *rostro de Cristo*” (25). Es el rostro del Padre y del Hijo, que lejos de tener un rostro distinto, juntos reflejan la misma misericordia. ¡El que ve al Hijo ve al Padre, y el que recibe al enviado, recibe a quien lo envía! (Jn 10,30; 13,20).

La convicción de Francisco, central para la fe cristiana, es que la misericordia es una experiencia íntimamente ligada al amor. Por eso no puede verse como “palabra abstracta” (MV 9), sino como “rostro concreto”, que se ve y con la cual se puede tener una experiencia, pues actúa en nosotros y nos invita a llevarla para que otros también la experimenten. El rostro misericordioso del Padre es Jesucristo, por quien el Dios dirige su mirada de amor (MV 2-4; 8; 13; 18; 24). Como respuesta, debemos posar nuestra mirada para encontrarnos con un Dios que nos ama (MV 2, 8, 24).

Mirada, contemplación y ojos que buscan el *rostro del amado*, de Dios hecho carne, de Dios que en Jesús manifiesta su rostro misericordioso. La Biblia conoce bien el rostro de Dios, que no sólo lo esboza para que nosotros lo admiremos, sino que lo hace para invitarnos a volver la mirada a nuestros hermanos, especialmente aquellos que más necesitan sentir el amor misericordioso de Dios.

Texto provocador de la bula



Con la mirada fija en Jesús y en su rostro misericordioso podemos percibir el amor de la Santísima Trinidad. La misión que Jesús ha recibido del Padre ha sido la de revelar el misterio del amor divino en plenitud. “Dios es amor” (1Jn 4,8.16), afirma por la primera y única vez en toda la Sagrada Escritura el evangelista Juan. Este amor se ha hecho visible y tangible en toda la vida de Jesús. Su persona no es otra cosa sino amor. Un amor que se dona gratuitamente. Sus relaciones

con las personas que se le acercan dejan ver algo único e irrepetible. Los signos que realiza, sobre todo hacia los pecadores, hacia las personas pobres, excluidas, enfermas y sufrientes llevan consigo el distintivo de la misericordia. En Él todo habla de misericordia. Nada en Él es falto de compasión (MV, 8).

Preguntas para la reflexión grupal

Leamos con detenimiento y respondamos a las siguientes preguntas. En un papelógrafo ponemos nuestras respuestas para compartir.

- ¿Qué frase nos llama la atención de este numeral?
- ¿Qué desafío nos deja esta reflexión del Papa Francisco?



Caso de vida

Después de un día en el trabajo, mi mamá puso un plato de pan muy quemado frente a mi papá. Esperé a ver si él lo notaba... ¡Sí lo notó!, pero alcanzó un pan, sonrió a mi madre y me preguntó cómo me había ido en la escuela.

No recuerdo qué le contesté, porque observaba cómo untaba mantequilla al pan y se lo comía. Cuan-

do mi madre le pidió disculpas por los panes quemados, la respuesta de papá me sorprendió: *“Cariño no te preocupes, a veces me gusta el pan bien quemado”*.

Esa noche, al darle el beso de buenas noches a mi padre le pregunté si le gustaba el pan quemado. Él me abrazó y me dijo: *“Tu mamá tuvo un día duro, estaba cansada... y un pan quemado no le hace daño a nadie”*...

Preguntas para la reflexión grupal

- ¿Qué sensaciones despierta en el grupo este relato?
- ¿Qué enseñanza nos queda?

Trabajo en grupo

Después de compartir en grupo, resumamos nuestra reflexión en una frase que recoja el rostro de la misericordia de Dios que quiere reconciliarnos con Él y con los hermanos. Hagamos un compromiso para este día/semana. Compartimos antes de hacer la oración final.

Nuestra frase:

.....

.....

Nuestro compromiso:

.....

.....

Oración conclusiva

Tomados de las manos y de manera pausada
hacemos la siguiente oración:

El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?
Amparo de mi vida es el Señor, ¿ante quién temblaré?...

Una cosa pido al Señor, la cosa que yo busco:
habitar en la casa del Señor mientras dure mi vida,
para gozar de su dulzura y cuidar de su santuario.

Él me dará asilo en su cabaña en tiempos de desdicha,
me ocultará en el secreto de su tienda, y me alzaré sobre la roca.
Y ahora mi cabeza se levanta sobre mis enemigos que me cercan.
Jubiloso en su carpa ofreceré sacrificios con aclamaciones.

Quiero cantar, tocar para el Señor.

Señor, oye la voz con que a ti clama, escucha, por piedad.
Mi corazón de ti me habla diciendo: "Procura ver su rostro".
Es tu rostro, Señor, lo que yo busco, no me escondas tu cara.
Con enojo a tu siervo no rechaces, eres tú mi defensa.
¡No me abandones, no me dejes solo, mi Dios y Salvador!
Si me abandonan mi padre y mi madre, me acogerá el Señor.
Enséñame, Señor, tu camino, y guíame por sendero llano
(Sal 27,1-2.4-12).





La Iglesia invitada a vivir el júbilo de la misericordia



El Dios de la misericordia nos habla

Jesús volvió a Galilea con el poder del Espíritu, y su fama corrió por toda aquella región. Enseñaba en las sinagogas de los judíos y todos lo alababan. Llegó a Nazaret, donde se había criado, y el sábado fue a la sinagoga, como era su costumbre. Se

puso de pie para hacer la lectura, y le pasaron el libro del profeta Isaías. Jesús desenrolló el libro y encontró el pasaje donde estaba escrito: 'El Espíritu del Señor está sobre mí. Él me ha ungido para llevar buenas noticias a los pobres, para anunciar la libertad a los cautivos y a los ciegos que pronto van a ver, para poner en libertad a los oprimidos y proclamar

el año de gracia del Señor'. Jesús, entonces, enrolló el libro, lo devolvió al ayudante y se sentó; mientras los presentes tenían los ojos fijos en él,

empezó a decirles: 'Hoy se cumplen estas palabras proféticas y a ustedes les llegan noticias de ello'" (Lc 4,14-21).

Comentario

El Papa Francisco sostiene en la *Misericordie Vultus* que escogió el 8 de diciembre para iniciar el Jubileo, porque marca el 50 aniversario del fin del Concilio Vaticano II. ¿Qué significaba ese concilio para la Iglesia? El Papa responde: "Los Padres reunidos en el Concilio habían percibido intensamente, como verdadero soplo del Espíritu, la exigencia de hablar de Dios a los hombres de su tiempo en un modo más comprensible" (MV, 4).

Una característica del Vaticano II fue la supresión de la condena a todo aquello que era contrario a la Iglesia, buscando soluciones basadas en el diálogo y cercanía misericordiosa. El propósito del Concilio fue poner a la Iglesia como oyente de la Palabra, con capacidad para dialogar con el mundo. Esa nueva actitud que propuso la Iglesia debía concretizarse en una vida de misericordia, fiel a la enseñanza de Jesucristo (*Gaudium et Spes*, 3) puesta al servicio de todos especialmente los marginados, explotados y empobrecidos.

El servicio hoy debe expresar la "espiritualidad del Concilio" (MV, 4), interpelado e iluminado por la imagen del Buen Samaritano, que siendo impuro a los ojos de la legalidad judía, fue el único que auxilió al judío herido. Es la experiencia de ponerse al servicio del que sufre. Allí está la riqueza de la doctrina cristiana que "se vuelca en una única dirección: servir al hombre en todas sus condiciones, sus debilidades, sus necesidades" (MV, 4). El Concilio fue un verdadero soplo del Espíritu, que aún nos impacta y nos exige una respuesta comprometida con la misericordia.

Texto provocador de la bula

La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debe estar revestido por la ternura con que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y testimonio al mundo puede carecer de misericordia. La credibilidad de la Iglesia pasa por el camino del amor misericordioso y compasivo. La Iglesia vive un deseo inagotable de brindar misericordia. Por mucho tiempo nos olvidamos de andar por la vía de la misericordia.



Por una parte, la tentación de pretender siempre y solamente la justicia ha hecho olvidar que ella es el primer paso, necesario e indispensable; la Iglesia, no obstante, necesita ir más lejos para alcanzar una meta más alta y significativa. Por otra parte, es triste constatar cómo la experiencia del perdón en nuestra cultura se desvanece cada vez más. Incluso la palabra misma en algún momento parece evaporarse. Sin el testimonio del perdón, queda sólo una vida estéril, como si se viviese en un desierto desolado.

Ha llegado para la Iglesia el tiempo de encargarse del anuncio alegre del perdón. Es el tiempo de retornar a lo esencial para hacernos cargo de las debilidades y dificultades de nuestros hermanos. El perdón es una fuerza que resucita a una vida nueva e infunde el valor para mirar el futuro con esperanza” (MV, 10).

Preguntas para la reflexión grupal

Leamos con detenimiento y respondamos a las siguientes preguntas. En un papelógrafo ponemos nuestras respuestas para compartir.

- ¿Qué frase nos llama la atención de este numeral?
- ¿Qué desafío nos deja esta reflexión del Papa Francisco?



Caso de vida

Cierto día un presidiario fue puesto en libertad luego de diez años de pagar una pena por asalto y asesinato. Después de estos largos años en la cárcel, el hombre se sentía derrotado, deprimido, temeroso del rechazo que encontraría en la gente de su pueblo y hasta en su propia familia.

Llegando a su barrio se encontró con Miguel, el dueño de la tienda de la esquina, en cuya vereda, el hombre había asaltado a la señora que luego murió. Al verlo, Miguel le sonrió y le dijo: “¿Qué tal, cómo has estado?”... “¡Qué gusto verte!

El hombre sintió incómodo y lo dejó en medio de la calle, sin responder al saludo. La conversación terminó abruptamente. Unas semanas después, Miguel se encontró otra vez con el ex presidiario, y éste le dijo: “Quiero agradecerte lo que hiciste por mí cuando salí de la cárcel”.

“¿Y qué fue lo que hice?”, preguntó Miguel.

“Fuiste muy bueno conmigo, me saludaste amablemente y eso cambió mi vida”, respondió con una sonrisa, el agradecido hombre.

Preguntas para la reflexión grupal

- ¿Qué sensaciones despierta en el grupo este relato?
- ¿Qué enseñanza nos queda?

Trabajo en grupo

Después de compartir en grupo, resumamos nuestra reflexión en una frase que recoja el compromiso de la Iglesia de transparentar la misericordia de Dios que quiere reconciliarnos con Él y con los hermanos. Hagamos un compromiso para este día/semana. Compartimos antes de hacer la oración final.

Nuestra frase:

.....

.....

Nuestro compromiso:

.....

.....

Oración conclusiva

Tomados de las manos y de manera pausada
hacemos la siguiente oración:

Bendice al Señor, alma mía, alabe todo mi ser su santo Nombre.
Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios.
Él perdona tus ofensas y te cura de tus dolencias.
Él rescata tu vida de la tumba, te corona de amor y ternura.
Él colma de dicha tu existencia y renueva tu juventud.
El Señor obra en justicia y al oprimido le da lo que es debido.
Reveló su camino a Moisés y a los hijos de Israel sus proezas.
El Señor es ternura y compasión, lento a la cólera y rico en amor.
No nos trata según nuestro pecado,
ni nos paga según nuestra ofensa.
¡Tan alto es su amor con quien le teme!
Como la ternura del padre con su hijo,
es la ternura del Señor con quien le teme.
Él sabe de qué fuimos formados, recuerda que sólo somos polvo.
Los días del hombre son como la hierba,
florece como flor del campo.
Pero el amor de Dios con quien le teme
es desde siempre y para siempre
¡Bendice, alma mía, al Señor!
(Sal 103,1-19.22).





La misericordia es la voluntad de Dios



El Dios de la misericordia nos habla

“¡Cielos, griten de alegría! ¡Cerros salten y canten de gozo! Porque el Señor ha consolado a su pueblo y se ha compadecido del afligido. Sion decía: ‘Yahvé me ha abandonado; el Señor se ha olvidado de mí’. Pero, ¿puede una mujer olvidar al niño que cría o dejar de

querer al hijo de sus entrañas? Pues bien, aunque alguna lo olvide, yo nunca me olvidaría de ti. Te tengo grabado en la palma de mis manos y no dejo de pensar en tus murallas...

Entonces, sabrás que soy Yahvé y nunca defraudo a los que esperan en mí. ¿Se le puede quitar su parte al soldado o escapársele el prisionero

al vencedor? Yahvé afirma: le arrebatarán su prisionero al vencedor y dejarán sin parte al soldado. Al que contienda contigo, con él pelearé, y yo mismo salvaré a tus hijos. A tu opre-

sor le haré comer su propia carne y se emborrachará con su sangre como si fuese vino. Y todo mortal sabrá que yo, Yahvé, soy Salvador y Redentor” (Is 49,13-16.23-26).

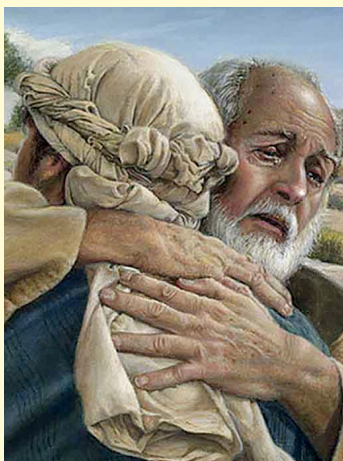
Comentario

Un tema central de la Bula es el fundamento bíblico de la misericordia, que permite comprender la forma de ser y actuar de Dios. El Papa sostiene que “*es propio de Dios usar misericordia y especialmente en eso se manifiesta su omnipotencia*” (MV, 6). Es interesante constatar que la omnipotencia de Dios es signo de su radical cercanía al mundo. En su amor, Dios se manifiesta misericordioso y paciente, y ese binomio describe la naturaleza de Dios en el Antiguo Testamento (MV, 6).

Francisco sostiene que la misericordia divina “no es una idea abstracta, sino una realidad concreta con la cual Él revela su amor” (MV, 6). El Papa habla del *amor visceral* que nace del seno materno. En la literatura bíblica encontramos el término *rahamin*, que es misericordia como el movimiento y emoción interior que siente la mujer por su hijo. Con ello se rompe el imaginario de masculinidad aplicado a Dios que se relaciona con venganza, ira o lucha. *Rahamin* asigna a Dios la ternura, caridad y amor visceral de la mujer; amor que proviene “desde lo más íntimo, como sentimiento profundo, hecho de ternura y compasión, indulgencia y perdón” (MV, 6).

Desde lo más profundo del ser creyente se provoca una misericordia que acerca a los que viven sin misericordia. Esa es la actitud que Dios presenta a Moisés (Ex 3,14). Su presencia hace de la historia de Dios con su pueblo una historia de salvación (MV, 7). Con ello, la misericordia permite al Pueblo entrar en el misterio del Dios-Misericordia. Hay dos fuentes de las que se extrae el actuar de Dios: los **salmos** que destacan la grandeza de Dios (Sal 103; 136; 146; 147) y las **parábolas de misericordia** que muestran a Dios alegre, sobre todo cuando perdona (MV, 9).

Texto provocador de la bula



“En las parábolas dedicadas a la misericordia, Jesús revela la naturaleza de Dios como la de un Padre que jamás se da por vencido hasta tanto no haya disuelto el pecado y superado el rechazo con la compasión y la misericordia. Conocemos estas parábolas; tres en particular: la oveja perdida, la moneda extraviada y el padre y sus dos hijos (Lc 15,1-32). En estas parábolas Dios es presentado siempre lleno de alegría, sobre todo cuando perdona. En ellas encontramos el núcleo del Evangelio y de nuestra fe, porque la misericordia se muestra como la fuerza que todo vence, que llena de amor el corazón y que consuela con el perdón” (MV, 9).

Preguntas para la reflexión grupal

Leamos con detenimiento y respondamos a las siguientes preguntas. En un papelógrafo ponemos nuestras respuestas para compartir.

- ¿Qué frase nos llama la atención de este numeral?
- ¿Qué desafío nos deja esta reflexión del Papa Francisco?



Caso de vida

Un gusano caminaba un día con dirección al sol. Se encontró con un saltamontes que le preguntó: “¿adónde vas?”. Sin dejar de caminar, la oruga contestó: “Anoche tuve un sueño: desde la montaña miré todo el valle; me gustó lo que vi y voy a realizarlo”.

Sorprendido, el saltamontes dijo: “¡Debes estar loco! ¿Cómo vas a llegar a ese lugar? Una piedra es para ti una montaña, un charco es un mar, un tronco una barrera”. Pero el gusanito ya se alejaba y no le escuchó. Sus diminutos pies le hicieron avanzar unos centíme-

tros, movido por un impulso que le obligaba a avanzar. Poco después, agotado, supo que debía parar. Su último esfuerzo fue para construir un lugar para descansar. “Estaré mejor”, fue lo último que dijo, y murió...

Los animales construyeron un monumento a la insensatez del animal que “quiso realizar un sueño imposible”. Una mañana que el sol brillaba de manera especial, los

animales vieron que de la concha dura salían unos ojos y una antena que no era del gusanito muerto, sino de ¡una mariposa de hermosas alas!... No hubo nada que decir. Todos sabían que se iría volando hasta la montaña, para realizar su sueño. Si Dios te da la posibilidad de soñar, también te da el medio para hacerlo realidad... La misericordia es sueño y realidad al mismo tiempo.

Preguntas para la reflexión grupal

- ¿Qué sensaciones despierta en el grupo este relato?
- ¿Qué enseñanza nos queda?

Trabajo en grupo

Después de compartir en grupo, resumamos nuestra reflexión en una frase que recoja la esencia de la misericordia de un Dios que quiere reconciliarnos con Él y con el hermano. Hagamos un compromiso para este día/semana. Compartimos antes de hacer la oración final.

Nuestra frase:

.....
.....

Nuestro compromiso:

.....
.....

Oración conclusiva

Tomados de las manos y de manera pausada
hacemos la siguiente oración:

Oh Dios, tú eres mi Dios, a ti te busco, mi alma tiene sed de ti;
en pos de ti mi carne languidece cual tierra seca, sedienta, sin agua.

Por eso vine a verte en el santuario,
para admirar tu gloria y tu poder.

Pues tu amor es mejor que la vida,
mis labios tu gloria cantarán.

Quiero bendecirte mientras viva
y con las manos en alto invocar tu Nombre.

Mi alma está repleta, saciada y blanda,
y te alaba mi boca con labios jubilosos.

Cuando estoy en mi cama pienso en ti,
y durante la noche en ti medito,
pues tú fuiste un refugio para mí
y salto de gozo a la sombra de tus alas.

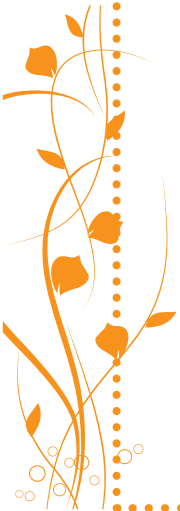
Mi alma se estrecha a ti con fuerte abrazo
y tu diestra me toma de la mano.

Los que en vano quieren perderme irán a parar debajo de tierra.

Serán muertos al filo de la espada,
servirán de festín a los chacales.

El rey se sentirá feliz en Dios,
y cuantos juran por él se gloriarán:

“Por fin se acalló a los mentirosos” (Sal 63).





La misión del creyente es anunciar la misericordia



El Dios de la misericordia nos habla

“Nos hicimos pequeños entre ustedes, imitando a la madre que da calor a sus hijos. Y era tal nuestra preocupación por ustedes, que estábamos dispuestos a darles, no sólo el Evangelio, sino también

nuestra propia vida, tan queridos habían llegado a ser para nosotros.

Recuerden, hermanos nuestros trabajos y fatigas. Mientras les predicábamos el Evangelio de Dios, trabajábamos noche y día para no ser carga para ninguno. Ustedes son testigos, y Dios también, de que

nuestra conducta con ustedes fue irreprochable, buena y correcta. A cada uno lo seguimos como un padre a su hijo. De ahí que no cesamos de dar gracias a Dios porque al recibir de nosotros la

enseñanza de Dios la aceptaron, no como enseñanza de hombres, sino como Palabra de Dios. Porque eso es realmente y como tal actúa en ustedes los creyentes” (1Tes 2,7-13).

Comentario

La *Misericordie Vultus* dedica los números 10-12 a la misión de la Iglesia. Allí se refleja una nueva dimensión de la teología cristiana de la misión. Debemos vivir una Iglesia “en salida”, comunidad que va a la periferia, que abre sus puertas (Evangelii Gaudium, 46). Esta comprensión de la Iglesia retoma las fuentes del Evangelio de la misericordia, donde se visualiza una práctica de Jesús que “favorece la inclusión, cercanía y encuentro con el otro”, como resumen del actuar de Dios que manifiesta su presencia cercana, opuesta a la “indiferencia que humilla” a los pobres (MV, 15).

La Palabra de Dios denuncia la indiferencia. Por eso el Papa Francisco denuncia la “globalización de la indiferencia”, pecado social que se caracteriza por “olvidar a los demás, sin interesarse en sus problemas o en el sufrimiento que surge por la injusticia que padecen”. Hoy se experimenta una actitud egoísta, un malestar que nos encierra en nosotros mismos, como resultado de la dureza de corazón.

Frente a una actitud que deja de lado la misericordia, debe aparecer una Iglesia-comunidad que denuncia proféticamente la indiferencia y falta de misericordia; que anuncia lo que constituye el núcleo del Evangelio de la misericordia, “*viga maestra* que sostiene la vida de la Iglesia” (MV, 10). Si la Iglesia quiere ser fiel a Jesús debe entender que su credibilidad —esa que está en duda— “pasa por el camino del amor misericordioso y compasivo” (MV, 10), ese mismo amor que caracterizaba a las primeras comunidades (Jn 13,35; Hch 2,44; 4,32). “Jesús afirma que la misericordia no es solo el obrar del Padre, sino que ella se convierte en el *criterio para saber quiénes son realmente sus hijos*” (MV, 9).

La Iglesia misionera debe tener un “nuevo entusiasmo y una renovada acción pastoral” (MV, 12). Eso es determinante. La Iglesia debe ser comunidad que “viva y testimonie en primera persona la misericordia. Su lenguaje y gestos deben transmitir misericordia para penetrar el corazón de las personas y motivarlas a reencontrar el camino de vuelta al Padre” (MV, 12).

Texto provocador de la bula

Es mi vivo deseo que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar aún más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina. La predicación de Jesús nos presenta estas obras de misericordia para que podamos darnos cuenta si vivimos o no como discípulos suyos. Redescubramos las obras de misericordia corporales: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir a los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos. Y no olvidemos las obras de misericordia espirituales: dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las ofensas, soportar con paciencia a las personas molestas, rogar a Dios por los vivos y por los difuntos (MV, 15).



Preguntas para la reflexión grupal

Leamos con detenimiento y respondamos a las siguientes preguntas. En un papelógrafo ponemos nuestras respuestas para compartir.

- ¿Qué frase nos llama la atención de este numeral?
- ¿Qué desafío nos deja esta reflexión del Papa Francisco



Caso de vida

Había una vez una mujer que estaba comprometida con la Iglesia del barrio: limpiaba los jarrones, hacía empanadas para vender los domingos, daba catecismo. Cierta día se

le apareció Jesús y le dijo que, en recompensa por su compromiso, esa noche cenaría en su casa. La mujer emocionada corrió a su casa a prepararse.

A las ocho de la noche sonó el timbre; ella, pulcramente vestida, abrió la puerta y encontró una mujer vestida con harapos, que le pedía algo de ropa. “Perdone, pero estoy esperando a alguien importante. Vuelva otro día”, le dijo.

Cuando la comida estuvo lista, sonó otra vez el timbre. Era un niño hambriento que pedía algo para comer. “Hoy no puedo darte nada porque estoy cocinando para un ángel que viene a visitarme. Ven otro día”, le dijo.

Y así pasaron las horas y Jesús no llegó. La mujer, decepcionada, se fue a dormir tan enojada que no rezó antes de acostarse. Al día siguiente se encontró con Jesús quien le preguntó: “¿por qué no rezaste anoche? Extrañé tu oración”.

“¿Cómo te atreves a reclamarme por no haber rezado, si me dejaste plantada?”, exclamó molesta la mujer, a lo que Jesús respondió: “No fallé a la cita, ¡fui dos veces! Pero estabas ocupada para atenderme, y me pediste que vuelva otro día”.

Preguntas para la reflexión grupal

- ¿Qué sensaciones despierta en el grupo este relato?
- ¿Qué enseñanza nos queda?

Trabajo en grupo

Después de compartir en grupo, resumamos nuestra reflexión en una frase que recoja la misión que Dios nos pide como creyentes. Hagamos un compromiso para este día/semana. Compartimos antes de hacer la oración final.

Nuestra frase:

.....

.....

Nuestro compromiso:

.....

.....

Oración conclusiva

Tomados de las manos y de manera pausada
hacemos la siguiente oración:

¡Canten al Señor un canto nuevo,
porque ha sido bueno con su tierra!
Hizo volver a los cautivos de Jacob
y suprimió la deuda de su pueblo;
perdonó su pecado, depuso todo tu furor,
y volvió del ardor de su cólera.
Restablécenos, Dios, salvador nuestro,
pon fin a tu resentimiento con nosotros.

¿Estarás siempre irritado,
de edad en edad proseguirá tu cólera?
¿No volverás acaso a darnos vida
para que tu pueblo en ti se regocije?
¡Haz Señor que veamos tu bondad
y danos tu salvación!

Quiero escuchar lo que dice el Señor,
pues Él habla de paz a su pueblo,
con tal de que en su locura no recaigan.
Cerca está la salvación de los que le temen
y habitará su Gloria en nuestra tierra.

La Gracia y la Verdad se encuentran,
la Justicia y la Paz se abrazan.
De la tierra brota la verdad,
y del cielo se asoma la justicia.
El Señor dará la felicidad
y dará sus frutos nuestra tierra.
La rectitud andará delante de él,
la paz irá siguiendo sus pisadas (Sal 85).





Fe y justicia como espiritualidad de la misericordia



El Dios de la misericordia nos habla

“Si alguno enseña en otra forma y no atiende a las palabras auténticas de nuestro Señor, y a la enseñanza que honra a Dios, está cegado y no entiende nada. Ese padece la enfermedad de las discusiones inútiles, de donde proceden envidias, discordias,

insultos, desconfianzas y altercados propios de los que tienen mente perversa. Están tan alejados de la verdad que para ellos la religión es negocio. Es verdad que la religión es negocio, pero en otro sentido, si gracias a ella aceptamos con lo que tenemos, pues al llegar al mundo no trajimos nada, y al dejarlo no nos llevaremos nada. Conformémonos con tener alimento y ropa. Los que

quieren ser ricos caen en tentaciones y trampas, pero tú, hombre de Dios, huye de todo eso. Procura ser religioso y justo. Vive con fe y amor, constancia y bondad. Pelea el buen combate de la

fe, conquista la vida eterna a la que has sido llamado y por la que hiciste tu declaración de fe en presencia de numerosos testigos (1Tim 6,3-12).

Comentario

El Papa Francisco sostiene que “es útil recordar la relación existente entre justicia y misericordia” (MV, 20). Este binomio es inseparable y denota la esencia misma de la Iglesia, llamada a vivir una permanente renovación, tal como lo declaraba el Concilio Vaticano II.

La espiritualidad cristiana se sustenta en la *contemplación en la acción*, es decir aprender a ver a Dios en todas las cosas, buscando la justicia a la luz de la fe. Para el Papa Francisco, fe y justicia “no son dos momentos contrastantes, sino un solo momento que se desarrolla progresivamente hasta alcanzar su ápice en la plenitud del amor” (MV, 20).

En el AT encontramos los verbos *sapat*, que se relaciona con los términos *juicio*, *salvación*, liberación de la injusticia, y *hesed* que se traduce por misericordia (Os 6,6) vinculando así justicia y misericordia. El texto de Oseas es presentado por el Papa Francisco para recordar la alusión que hace Jesús: “misericordia quiero y no sacrificio”. ¡La regla de vida del discípulo es dar primacía a la misericordia! (MV, 21).

La síntesis fe-justicia adquiere su plenitud en Jesucristo, porque Él pone en el centro el amor a Dios y al prójimo. “El problema de la fe y la justicia cristiana ha de verse desde el amor, como valor fundamental de la experiencia cristiana. Es claro que la justicia no es cristiana sino como una forma de amor redentivo ante un mundo de pecado, la forma actuante del amor en un mundo de opresión” (Ignacio Ellacuría).

La espiritualidad cristiana tiene características históricas, encarnadas, concretas. Se es cristiano y se vive la fe en medio de las condiciones sociales, políticas y culturales de este tiempo. La espiritualidad de fe-justicia “supera la perspectiva legalista e invita al creyente a abandonarse confiado en la voluntad de Dios” (MV, 20; Cf. 1Tim 2,4-5).

Texto provocador de la bula

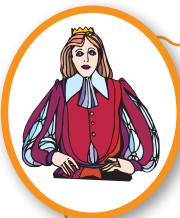


Jesús habla muchas veces de la importancia de la fe, más que de la observancia de la ley. Es en ese sentido que debemos comprender sus palabras cuando estando a la mesa con Mateo y otros publicanos y pecadores, dice a los fariseos: “Vayan y aprendan qué significa ‘misericordia quiero y no sacrificios’. Porque yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (Mt 9,13). Ante la visión de una justicia como mera observancia de la ley que juzga, dividiendo las personas en justos y pecadores, Jesús se inclina a mostrar el don de la misericordia que busca al pecador para ofrecerle el perdón y la salvación. Se comprende por qué, en presencia de una perspectiva tan liberadora y fuente de renovación, Jesús haya sido rechazado por los fariseos y doctores de la ley. Éstos, para ser fieles a la ley, ponían pesos sobre la espalda de las personas, pero así frustraban la misericordia del Padre. El reclamo a observar la ley no puede obstaculizar la atención a las necesidades que tocan la dignidad de las personas (MV, 20).

Preguntas para la reflexión grupal

Leamos con detenimiento y respondamos a las siguientes preguntas. En un papelógrafo ponemos nuestras respuestas para compartir.

- ¿Qué frase nos llama la atención de este numeral?
- ¿Qué desafío nos deja esta reflexión del Papa Francisco?



Caso de vida

Había una vez un príncipe malo, al que nunca le habían explicado el sentido de la justicia. Si dos personas discutían por algo, él daba la razón

a quien le parecía más simpático. Cansado de ello, su padre decidió llamar a un sabio para que le enseñe a ser justo: “*Que vuelva cuando esté preparado para ser un rey justo*”.

El sabio llevó al príncipe a una isla desierta, sin comida. Al principio el príncipe consiguió unos peces, pero no los compartió con el sabio; cuando se acabó su comida, el sabio cazó unos pájaros, pero no le dio al príncipe, quien con hambre suplicó que le compartiera algo de comer. *“Los compartiré contigo si me dices qué lección has aprendido”*. El príncipe dijo: *“La justicia consiste en compartir lo que tenemos entre todos por igual”*. Entonces el sabio le felicitó y compartió su comida.

En el viaje de vuelta un hombre pidió al príncipe: *“Por favor ayúdanos. Tenemos un problema con el pueblo vecino: no sabemos cómo compartir la carne”*. El príncipe dijo: *“Fácil, cuenten cuantos son en total*

y repartan la comida en porciones iguales”. El hombre enfadado se abalanzó sobre él y le dijo: *“Intentas matar a mi pueblo. O me das otra solución o te encerraré”*. Es que en su pueblo eran muchos y los otros pocos, así que la solución los mataría de hambre... El príncipe pensó y le dijo: *“No hagas partes iguales; reparte la comida en función de lo que coma cada uno; que todos coman el mismo número de bocados, así comerán de acuerdo a su tamaño”*.

Todos quedaron encantados con esa solución. El príncipe comentó al sabio: *“He aprendido algo nuevo: no es justo dar lo mismo a todos; lo justo es repartir, pero teniendo en cuenta las necesidades de cada uno”*. El sabio sonrió satisfecho.

Preguntas para la reflexión grupal

- ¿Qué sensaciones despertó en el grupo este relato?
- ¿Qué enseñanza nos queda?

Trabajo en grupo

Después de compartir en grupo, resumamos nuestra reflexión en una frase que recoja el binomio fe-justicia. Hagamos un compromiso para este día/semana. Compartimos antes de hacer la oración final.

Nuestra frase:

.....

.....

Nuestro compromiso:

.....

.....

Oración conclusiva

Tomados de las manos y de manera pausada
hacemos la siguiente oración:

Dichosos los que sin errar andan el camino
y caminan según la Ley del Señor.

Dichosos los que observan sus testimonios
y lo buscan de todo corazón,
que sin cometer injusticia caminan por sus sendas.

Tú eres quien promulgó tus ordenanzas
para que las observen totalmente.

Ojalá sea firme mi conducta en cumplir tus preceptos.

Entonces no tendré vergüenza alguna
en respetar todos tus mandamientos.

Te daré gracias con rectitud de corazón
cuando aprenda tus juicios justos.

Tus preceptos, yo los quiero guardar,
no me abandones, pues, completamente.

¿Cómo un joven purifica su camino?

Basta con que observe tus palabras.

¡Con todo mi corazón te he buscado,
no me desvíes de tus mandamientos!

En mi corazón escondí tu palabra para no pecar contra ti.

¡Bendito seas, Señor, enséñame tus preceptos!

(Sal 119,1-12)





El jubileo de la misericordia es permanente



El Dios de la misericordia nos habla

Jesús les dijo: “Trabajen, no por el alimento del día, sino por el alimento que permanece y da vida eterna. Entonces le preguntaron: “¿Qué tenemos que hacer para trabajar en las obras de Dios?”. Jesús respondió: “La obra de Dios es ésta: creer en aquel que

Dios ha enviado”. Le dijeron: “¿Qué señal milagrosa haces tú para que la veamos y creamos en ti? Nuestros antepasados comieron el maná en el desierto, según dice la Escritura: *Se les dio a comer pan del cielo*”

Jesús les dijo: “Yo soy el pan de vida. El que viene a mí nunca tendrá hambre y el que cree en mí nunca tendrá sed. Pero, como ya les dije, ustedes

se niegan a creer aun después de haber visto. Todo lo que el Padre me ha dado vendrá a mí, y yo no rechazaré al que venga a mí, porque yo *he bajado del cielo*, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Y la voluntad del que me ha enviado es que yo no pierda nada de lo que él me

ha dado, sino que lo resucite en el último día. Sí, ésta es la decisión de mi Padre: toda persona que al contemplar al Hijo crea en él, tendrá vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día"... En verdad les digo: El que cree en mí tiene vida eterna (Jn 6,26-31.35-40.47).

Comentario

La vivencia de un Año de Gracia (Lc 4,16-21) implica que el Jubileo de la Misericordia no puede agotarse a un periodo determinado de tiempo.

Por el contrario, ha de prolongarse como experiencia eclesial que se crea y recrea, que se piensa y se celebra día a día. La vivencia de la misericordia, del ser más íntimo del Dios de Israel y Padre de Jesús de Nazaret es una que compromete al creyente a un proyecto determinado: El Reino de Dios que ya está en medio nuestro (Mc 1,14-15) pero que se consumará definitivamente en la segunda venida de Jesús, el Señor de la Misericordia.

La comunidad creyente ha de propiciar que la práctica de la misericordia sobrepase los confines de la Iglesia, de manera que al anunciarla al mundo "nadie vea limitada la misericordia divina porque sus puertas están siempre abiertas" (MV. 23).

El año de la Misericordia al que se nos ha invitado a entrar por la Puerta Santa es Cristo, quien nos llama a mantenernos despiertos, con un oído presto para escuchar el susurro del Dios que habla a las Iglesias (Ap 3,13). Que María, Madre de la misericordia y Arca de la Alianza (MV 24) nos ayude a prolongar la presencia del Reino y de su Cristo en medio de nuestra cultura.

Texto provocador de la bula

En este Año Jubilar la Iglesia se convierta en el eco de la Palabra de Dios que resuena fuerte y decidida como palabra y gesto de perdón, de soporte, de ayuda, de amor.

Nunca se canse de ofrecer misericordia y sea siempre paciente en el confortar y perdonar.

La Iglesia se haga voz de cada hombre y mujer y repita con confianza y sin descanso: "Acuérdate, Señor, de tu misericordia y de tu amor; que son eternos" (Sal 25,6) (MV, 25).



Preguntas para la reflexión grupal

Leamos con detenimiento y respondamos a las siguientes preguntas. En un papelógrafo ponemos nuestras respuestas para compartir.

- ¿Qué frase nos llama la atención de este numeral?
- ¿Qué desafío nos deja esta reflexión del Papa Francisco?



Caso de vida

Había una vez un niño que quería conocer a Dios; sabía que debía hacer un largo viaje para llegar donde vivía Dios. Preparó una maleta con panes y jugos, y emprendió su viaje. Cuando había recorrido unas 3 cuadras, encontró a una viejita sentada en el parque observando las palomas. El niño se

sentó junto a ella y abrió su maleta para tomar algo de jugo; entonces notó que ella tenía hambre y le ofreció un pan. Ella lo aceptó agradecida. Su sonrisa era tan bella que el niño quería ver esa sonrisa nuevamente, entonces le ofreció jugo. Nuevamente ella esbozó su hermosa sonrisa. El niño estaba encantado.

Se quedaron allí toda la tarde comiendo y sonriendo, pero ninguno decía palabra alguna. Cuando empezó a oscurecer, el niño se levantó para irse, pero antes le dio un fuerte abrazo a la viejita, y ella le regaló la más grande y hermosa sonrisa.

Cuando el niño abrió la puerta de su casa, su madre estaba sorprendida por la felicidad que el niño demostraba; le preguntó cuál era

la causa y él le contestó: “He comido con Dios, y sabes qué ¡tiene la sonrisa más bella que he visto!”

Mientras tanto la viejita, también con mucha felicidad, regresó a su casa; su hijo estaba sorprendido por la paz que mostraba y preguntó: “Madre, ¿qué hiciste hoy que te ves tan feliz?”. Ella contestó: “Hoy comí panes con Dios, y sabes qué, es más joven de lo que esperaba”.

Preguntas para la reflexión grupal

- ¿Qué sensaciones despierta en el grupo este relato?
- ¿Qué enseñanza nos queda?

Trabajo en grupo

Después de compartir en grupo, resumamos nuestra reflexión en una frase que recoja la misericordia de Dios que quiere reconciliarnos con Él y con los hermanos. Hagamos un compromiso para este día/semana. Compartimos antes de hacer la oración final.

Nuestra frase:

.....

.....

Nuestro compromiso:

.....

.....

Oración conclusiva

Tomados de las manos y de manera pausada
hacemos la siguiente oración:

Por la noche me acuerdo de tu nombre,
Señor, y observo tu Ley.

Por lo menos esto me quedará,
haber guardado tus ordenanzas.

Lo que escojo, Señor, yo lo he dicho,
es observar tus palabras.

Con todo mi corazón procuro que tu rostro se enterezca,
ten piedad de mí.

He reflexionado en mis caminos,
a tus testimonios readecuaré mis pasos.

Me he apresurado, no me he retardado
en obedecer tus mandamientos.

Los pecadores intentaron seducirme,
pero no me he olvidado de tu Ley.

A medianoche me levanto,
te doy gracias por tus justos juicios.

Me he aliado con todos los que te temen
y que observan tus ordenanzas.

De tu bondad, Señor, está llena la tierra,
enséñame tus preceptos.

Has sido bueno con tu servidor,
Señor, de acuerdo a tu palabra.

Enséñame el buen sentido y el saber,
pues tengo fe en tus mandamientos

(Sal 119,55-66).



ESTUDIO 1

Año de la Misericordia o Jubileo (raíces bíblicas)



La celebración del Año Jubilar está tomada del Levítico 25, donde aparece Yobel, palabra que se traduce por “Jubileo”. El término es de raíz incierta; es probable que se refiera a la trompeta que anunciaba algo importante. El Jubileo era el año especial que se celebraba después de siete ciclos de siete años cada uno, es decir era el año 50.

El sábado es tiempo de descanso

Como antecedente de esta celebración jubilar hay que destacar que ya antes se había decretado la celebración del sábado como día de descanso: “seis días trabajarás y el séptimo descansarás para que reposen tu buey y tu asno, y tengan un respiro

el hijo de tu sierva y el forastero” (Ex 23,12). Es decir, el sábado era un día para abstenerse de trabajar, y ofrecer descanso al menos favorecido (asno, buey, hijo de sierva, extranjero), dándole así dignidad. El hecho de que se mencione al buey y el asno junto al “hijo de tu sierva” sugiere ver la creación como un conjunto.

Ex 20,8-11 dice que el sábado es día de descanso, a ejemplo de la dignidad de Dios Creador, por lo que incluye a todos los seres creados: “tú, tus hijos, tus siervos, tu ganado y el forastero”, pues todos son imagen y semejanza de Dios. El ser humano debe cesar su trabajo el séptimo día, para evitar caer en esclavitud. ¡El trabajo es muy bueno para tener medios de vida, pero no debe esclavizarnos!

Tan importante era el sábado que incluso se llegó a legislar que quien trabaje ese día debía ser ejecutado (Ex 31,14; 35,2), pues era un día santo (Gen 2,3) que debía dedicarse “a Yahvé” (Ex 20,8; Dt 5,12; Ez 44,24). Esta santidad no se entiende sólo como expresión cultural, sino como exigencia ética: “ser santo como Yahvé es santo” (Lev 11,44; 19,2; 20,26).

El sábado termina siendo signo importante de la Alianza (Ex 31,13-17; Is 56,4-6; Ez 20,12-20), día de Yahvé (Ez 20,12-20). Su observancia recuerda al pueblo que Dios Liberador es dueño de la creación. Por lo tanto, todos los seres se deben a Él, mucho más el ser humano llamado a honrar a Dios, respetando a las demás creaturas. Así, se entiende la actitud crítica de Jesús frente a la observancia ritualista del sábado, que no se ve como



día de dignificación, sino de opresión: “El sábado fue hecho para el hombre, no el hombre para el sábado” (Mc 2,27). Dios quiere que el descanso temporal sea anticipación del sábado escatológico, de salvación plena, de restauración de la dignidad de hijos de Dios que trae Jesús (Heb 4,1-11).

Año Sabático

Los textos bíblicos no dejan claro si hubo primero un día de descanso y luego el año sabático o ambos surgieron al mismo tiempo.

Leamos: Ex 23,10-12 / Lev 25,2-7

Según Ex 23,10-12, “seis años sembrarás tu tierra y recogerás su producto, pero al séptimo la dejarás descan-

sar y en barbecho, para que coman los pobres de tu pueblo”. Esta es una aplicación amplia (todo un año) de lo establecido para el día sábado (Ex 34,21).

El fin es evidente: compartir el fruto de la tierra con el pobre que por cualquier razón no tenía tierra propia. Posiblemente esta ley jubilar sea la más antigua de la sociedad agrícola, al punto de que se incorporó al código de la alianza (Ex 21-23), donde se consignan las obligaciones con relación a Yahvé.

Observemos que este texto no especifica un año formal declarado para todo el país, como se hará luego con el año jubilar. ¿Significa que cada campesino observaba un año sabático según su propia iniciativa? Parece que sí, porque si era un año uniforme para todos, ¿cómo se alimentaban entre tanto a los pobres? Si el año sabático era observado en distintos tiempos, eso permitía a los pobres encontrar siempre cosechas a su alcance.

Levítico establece que cuando se coseche la tierra, no había que segar hasta la orilla del campo, ni espigar los restos de la mies, sino dejar una porción para el pobre y el forastero (Dt 24,19-21), porque ninguno de ellos tenía tierras en Israel.

En línea con Ex 23,10, pero referido a esclavos, Ex 21,2 dice: “cuando compres un esclavo hebreo, te servirá seis años y el séptimo quedará libre, sin pagar rescate”. Ahí queda establecido que el año sabático no es un año rígido, sino uno que cierra un ciclo de seis años.

Leamos: Dt 15,1-4.13

El hecho de que la ley sabática aparezca en nombre de Dios revela su importancia. Es un dogma que confiesa a Dios como Creador de la tierra (personas y animales); todo le pertenece. Por eso nadie puede considerar como propiedad a perpetuidad los bienes ni los familiares de un hermano.

Año Jubilar

El Jubileo debía celebrarse pasados siete años sabáticos, es decir el año 50, que era un año especial que se caracteriza por dar libertad a los habitantes del país: “Será para ustedes un Jubileo; cada uno recobrará su propiedad y cada cual regresará a su familia” (Lev 25,10). Es decir, se proclama la libertad de los israelitas (¡no para extranjeros!) que habían sido esclavizados, dada su situación de pobreza e incapacidad para pagar sus deudas. Ellos debían “regresar” a su casa, es decir a su pueblo, comunidad y familia.

Dado que la tierra no se podía vender, sino cederla para uso de otro, el Jubileo declaraba el fin del uso de la tierra por parte de quien no era propietario real. Se trataba de la redención de la tierra, del campo y de la casa, no de otras propiedades que se podía tener en la ciudad (Cf. Lev 25,29s).

Es decir, devolver la tierra a quien se había visto obligado a cederla para cubrir sus necesidades, era restituir la herencia de los padres. Así se garantizaba que la familia esté nuevamente unida, en la tierra de sus antepasados: “en todo terreno de su propiedad



concederán derecho a rescatar la tierra. Si se empobrece tu hermano y vende algo de su propiedad, su go'el más cercano vendrá y rescatará lo vendido... en el Jubileo quedará libre, y el que vendió volverá a tener su posesión”

(Lev 25,24-28).

Así, el Jubileo presenta dos dimensiones que repiten constantemente los profetas: liberación y restauración. Es un Jubileo social y económico (Lev 25-27). El hecho de que Dios mismo exija un año de Jubileo es significativo: el Creador exige volver a la justicia original, donde nadie era discriminado, porque toda la creación pertenecía a Yahvé; Él es Señor, nosotros criaturas, que debemos vivir reconciliadas y libres.

Es decir, el Jubileo marca una ruptura con el pasado pecaminoso para iniciar un presente de gracia. A la luz de esto surge una pregunta: ¿el año sabático era condonación de la deuda o postergación de su pago?

El año sabático no era simple condonación de la deuda, pues según la Biblia la deuda se condonaba cada siete años. El sentido del año sabático incluía la devolución de lo empeñado por una deuda, al margen de la deuda misma (Dt 15,1-3). ¡Jubileo es remisión total de la deuda, evitando su perpetuación de generación en generación!

La libertad y redención

En cuanto a la liberación y redención de los esclavos, los israelitas recuerdan que ellos mismos fueron esclavos

en Egipto (Lev 25,55). De hecho, un motivo fundante para el sábado y el Jubileo es la liberación de Egipto (Ex 23,9; Lev 25,38.42; Dt 5,15). Liberados son, metafóricamente hablando, esclavos de Yahvé.

A Él le deben lo que son; de Él dependen para seguir siendo el pueblo que goza de bendiciones. Por lo tanto, ningún israelita puede considerar propiedad suya a un hermano, pues el único dueño es Yahvé: “Cada siete años condonarás las deudas... a tu hermano que te debe. No debe haber pobres en medio de ti” (Dt 15,1-6).

Jesús y el año Jubilar

El año jubilar tenía como trasfondo la experiencia de Dios Go’el, es decir Redentor y Justiciero. En eso no hay discusión. Donde se han dado diversos enfoques es en el tema que aborda: unos hacen hincapié en la liberación de la esclavitud (Ex 21,1-7; Dt 15,12-18); otros en la asistencia de los pobres (Is 53).

Cualquiera sea el énfasis, el Jubileo apunta a la presencia santificante de Dios entre los creyentes: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado a dar la buena nueva a los pobres... a proclamar la liberación a los cautivos y a los prisioneros la libertad. Me ha enviado a proclamar un año de gracia del Señor y un día de venganza de nuestro Dios” (Is 6,1ss).

Este texto de Isaías aparece en el evangelio de Lucas: Jesús está en la sinagoga de Nazaret y allí anun-

cia su misión: “El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido para anunciar a los pobres la buena nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos, y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos, y proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4,18s).

Llama la atención que Lucas omita la última frase: “un día de venganza de nuestro Dios”... ¿Por qué será? Otro dato que es relevante es que Lucas intercala una frase de Isaías 58,6: “dar la libertad a los oprimidos (que acabes con la opresión, que compartas tu pan)”. Con lo cual remarca el tema de la liberación de oprimidos. ¿Quiénes se benefician del Año de Gracia? Los oprimidos y esclavizados por las deudas.

También es notoria la inclusión de “dar la vista a los ciegos”, que no se encuentra en el texto hebreo de Isaías, sino en su versión griega. En principio, esto parece encajar mal en el contexto de liberación que se está desarrollando, pero si lo vemos desde una perspectiva metafórica, entendemos que es “abrir los ojos a los que no ven la necesidad de realizar la liberación del Señor”.

Jesús trae consigo el Año de Gracia: “los ciegos ven, los cojos andan... y se anuncia la buena nueva a los pobres” (Lc 7,22).

¡El Jubileo que anuncia Jesús es el Reino de Dios! Y todo está relacionado por la insistencia de Jesús en el perdón, incluso de la deuda impagable (Mt 18,21-35): “Perdona nuestras deudas, como nosotros perdonamos a los que nos deben”...

Conclusión

¿Se llevó a cabo alguna vez un año jubilar en Israel? En la Biblia no hay testimonio de ello. Este silencio ni prueba ni niega nada. Es posible que se trate de una utopía en vista de una situación injusta, a un conflicto resultado de la explotación.

Si bien la Biblia tiene limitantes culturales, hay que tener claro que ella no es sólo cultura, sino mensaje de salvación. No podemos aplicar totalmente la concepción primitiva y campesina al mundo moderno y de la ciudad; no es legítimo decir que ese era un Jubileo para Israel, que no se aplica al mundo actual. El mensaje fundamental se puede traducir a lo que hoy llamamos “Derechos Humanos”, que incluyen derecho a una vida digna, libre de una esclavitud inhumana y antisocial.

La vivencia de un Año Santo impide que se institucionalice la opresión, la pobreza y la marginación. El Jubileo frena todo intento monopólico de que la riqueza de unos caiga en manos de otros que casi poseen todo, de tal forma que la mayoría quede esclavizada, condenada a trabajar para beneficio de los poderosos.

Para la Reflexión Personal

El Año Santo proclama la justicia social en nombre del Dios, derecho a una vida digna y libre, donde el bien del pueblo esté por encima del privilegio de unos pocos. Reflexiona las siguientes preguntas y responde a conciencia; si deseas comparte con algún hermano de comunidad o con tu familia.

1. ¿Cómo podrías vivir el Año de la Gracia en un mundo dominado por el consumo, el egoísmo y la insensibilidad, en una cultura “cristiana” que sirve a ídolos?
2. ¿Cómo podrías enfrentar las variadas formas de explotación: niños trabajadores, mujeres prostituidas, etc.?
3. ¿Cómo podrías hacer partícipe de los frutos de tu trabajo a los necesitados?
4. ¿Qué acción concreta puedes hacer para valorar la sacralidad de la tierra, para verla como don de Dios Creador?

La misericordia de Dios, respuesta al pecado



La Misericordia y el Pecado

En lenguaje ordinario se identifica la misericordia con la piedad o la clemencia. Si bien eso es verdad, la misericordia es algo más: ¡es compasión, perdón, fidelidad!

Misericordia

La Biblia muestra que mayor es la misericordia cuando más infidelidad

hay, pues el Señor no es sólo benefactor, sino Padre y Amigo, que muestra amor a sus hijos caídos en desgracia, especialmente aquel que en la lógica humana no merecería favor alguno.

Leamos: Ef 2,3-5

Es común que la venganza sea más fuerte que la misericordia, al punto que

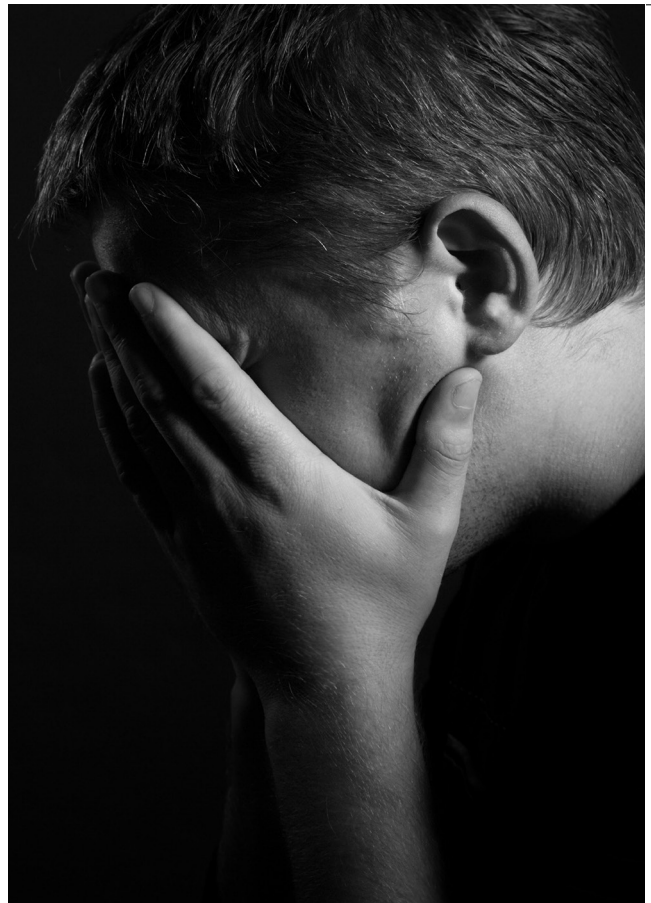
oramos por la víctima, no por el victimario. ¡A los ojos de Dios ambos necesitan misericordia! ¡Dios es Padre de misericordia! (2Cor 1,3) y no excluye a nadie: “¿Qué Dios hay como tú, que quita la culpa y pasa por alto el delito del resto de tu heredad? No mantendrá su cólera por siempre, pues se complace en el amor” (Miq 7,18); “Todos pecaron y fueron destituidos de la gloria de Dios, pero ahora han sido justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención en Cristo Jesús” (Rom 3,23-24).

En el AT hay dos términos que se traducen por misericordia: Ra’hamim, que expresa apego maternal de un ser por otro que está en desgracia, a quien le abre su corazón y entrañas (1Re 3,26; Jer 31,20; Sal 103,13; Gen 43,30) para brindarle perdón (Dn 9,9) y Hesed, que expresa fidelidad que une a dos seres, como acción voluntaria que responde al deber interior, a la fidelidad a uno mismo.

Ambos términos se traducen por misericordia, amor, ternura, piedad, compasión, clemencia, bondad, gracia, y tienen estrecha relación con la idea de pecado.

Pecado

El concepto de pecado en el AT hace relación a la falta ritual, legal, moral, social y política que afecta al sujeto y a la nación, porque provoca una ruptura con Dios y el hermano. Los términos que se usan para hablar de pecado son: Hatta’: transgresión a la regla (Gén 20,9; Jue 11,37; Lev 4,2.13); Awón: acción contra la norma que acarrea castigo (Sal 31,1; Miq 7,19; Is 65,7; Gén 4,13); Pesa’: rebe-



lión contra Dios (Is 1,2; Jer 2,29; Am 4,4; Os 7,13; Prov 28,2); Rasa’: culpa del impío (1Re 8,47; Job 9,29; Gén 18,23-25; Jer 12,1; Ez 3,18); Nebalah: mal que nace de la locura (1Sam 25,25; Is 9,16).

La diversidad de términos que hablan de pecado muestra que una acción se juzga desde diversos puntos de vista, y el grado de culpa va de la desviación casual a la abierta oposición a Dios. En el AT hay listas de pecados que incluyen idolatría (Ex 32), adulterio, homicidio (2Sam 11,1-27) y robo (1Re 21). En los salmos, se confiesa estos pecados y se pide perdón de ellos (Sal 51 y 130); para los profetas el pecado es colectivo, es decir, dirigentes y pueblo caen en la idolatría, prostituyen la fe y oprimen al débil (Am 8,4-7; Os 2,4-15; Jer 5,26-29).

Fe en la misericordia de Dios (A.T.)

Al tomar conciencia del pecado, descubrimos que nos aleja de Dios. Por lo dramático de la situación, la Biblia insiste en que hablemos con Dios, apelando a su misericordia (Sal 4,2; 6,3; 9,14; 25,16), confiando que Él nos escucha y perdona. Por eso, el creyente arrepentido proclama: “¡Den gracias a Yahvé, pues su amor es eterno!” (Sal 107,1).

La convicción de Israel respecto al amor de Yahvé tiene su origen en la experiencia del Éxodo. Aun cuando el término no esté en el relato del Éxodo, la liberación es vista como acto de misericordia divina: “He visto la miseria de mi pueblo, he prestado oído a su clamor... conozco sus angustias. Estoy resuelto a liberarlo” (Ex 3,7-16). ¡Dios no soporta el dolor. A mayor miseria, más misericordia!

Dios se revela como Padre que no se deja condicionar por la rebeldía humana, sino que actúa movido por su misericordia: “Yahvé es Dios de ternura y de gracia, lento a la ira y rico en piedad y misericordia; mantiene su compasión hasta la milésima generación, soportando falta, transgresión y pecado, pero sin disculparla, castigando la falta hasta la tercera y cuarta generación” (Ex 34,6-10). ¡El fruto del pecado se siente hasta la cuarta generación, pero la misericordia se mantiene hasta la milésima generación!

La Biblia muestra que si bien a Dios le asiste el derecho de castigar al pecador (Os 1,6), siempre se llena de compasión: “su corazón se revuelve dentro de él, sus entrañas se con-

mueven y no desahoga su ira” (Os 11,8s); “¿Es Efraím un hijo tan querido, niño mimado, que cada vez que le amenazo, me entenece su memoria, se conmueven mis entrañas y se desborda mi ternura?” (Jer 31,20; Is 49,14ss).

Dios lleva al pueblo al desierto para “hablarle al corazón” (Os 2,16), devolverle la tierra y renovar la Alianza (Jer 12,15; Ez 33,11; Is 14,1). Dios no guarda rencor (Jer 3,12ss.), sino que desea que “el malvado se convierta, para perdonarle” (Is 55,7). Por eso Israel vive con convicción la misericordia de Dios: “¿Qué Dios como tú que borra la falta, perdona el mal hecho, que no excita para siempre su ira, sino que se complace en otorgar gracia? Una vez más ten piedad de nosotros, borra nuestra iniquidad y arroja al fondo del mar nuestros pecados” (Miq 7,18-19; Cf. Sal 51,3).

Pero, pese a que la misericordia de Dios no tiene límites, se ve frenada por la dureza del hombre (Is 9,16; Jer 16,5-13). Jonás es ejemplo de la estrechez de corazón que no acepta la misericordia divina (Jon 4,2).

Jesús es Misericordioso como su Padre

En el NT, la misericordia divina llega a su plenitud con Jesús. Su vida muestra a un Padre que se acerca al pecador para reconciliarlo. La imagen preferida de Jesús es Abba = Papito (Mc 14,36; Mt 11,25; Lc 22,42; Jn 11,41). Pese a que conoce otros adjetivos para referirse al Padre (rey, señor, juez) Abba es el término que expresa todo lo que Dios significa para Él: bondad, ternura y autoridad. “¡Abba, Padre! todo es posible



para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú” (Mc 14,36; Rom 8,15). Abba es Padre, en Él debemos confiar (Mc 14,36; Rom 8,15; Gal 4,6), porque sale a nuestro encuentro y nos perdona (Lc 15,11-32). ¡Nada altera la ternura de Abba! (Mt 5,45).

Confía en Dios

La confianza de Jesús en el Padre lo lleva a permanecer fiel a su misión, aun en la persecución. Y de esa confianza brota su entrega, la misma que Jesús quiere que sus discípulos sientan, entiendan y se comprometan como familia que proclama “Padre Nuestro” (Mt 6,9-13), desde un amor sin condición, que acepta al otro sin distinción. ¡Decir Padre Nuestro es aceptar que Dios está cerca y aceptamos “hacer su voluntad”, aunque sea un camino espinoso! ¡Decir Padre Nuestro es aceptar su

misericordia, vivir su Reino (Ef 4,13), ser santos y luchar por la justicia (Ef 4,24)!

Jesús como madre

Dios, con entrañas de madre acoge al pecador (Jn 8,1-11), al infiel (Jn 18,14-27), al ladrón (Lc 23,40-43), al vulnerable (Lc 4,18; 7,22), al sin-nombre (Mt 9,36; 14,14; 15,32). ¡A Dios no le alegra el justo, sino el pecador arrepentido! (Lc 15). La mejor imagen de misericordia es el Padre Bueno que espera ilusionado el regreso del hijo perdido, y cuando lo ve siente compasión, corre a su encuentro, se lanza al cuello y lo llena de besos (Lc 15,20). ¡Padre de entrañas maternas!

Otra parábola que muestra la misericordia de Dios es el Buen Samaritano (Lc 10,25-37), que expresa que la compasión es sinónimo de santidad.

Allí Jesús elige la figura del samaritano para redefinir el concepto de prójimo. Samaritanos y judíos se consideran mutuamente herejes: el judío rechaza al samaritano porque rendía culto en el monte Garizim y no en el templo de Jerusalén; porque sólo aceptaba sólo a Moisés y rechazaba la tradición oral del Talmud. Por su parte, el samaritano rechazaba al judío por las veces que había destruido y profanado el santuario de Garizim.

En ese tiempo ir de Jerusalén a Jericó era peligroso, por lo que es posible que el sacerdote y el levita, al mirar al herido hayan pensado en una trampa de ladrones; también pudieron reflexionar el error de tocar a un herido, ya que la ley establecía que algo así los dejaba impuros hasta la noche y no podrían participar de ningún rito religioso (Lev 21,1-4). ¡Pero ellos van a Jericó, no a Jerusalén! Al final, ellos anteponen la observancia de la ley a la práctica de la misericordia.

El samaritano, en cambio, ayuda al herido, y así cuestiona el concepto de prójimo del judío. En últimas, la misericordia debe llevar a socorrer a cualquier necesitado, sin distinción (Lc 10,30-37). “Ser misericordiosos como el Padre es misericordioso” es la condición para entrar en el Reino de Dios (Mt 5,7). ¡Seremos juzgados por la misericordia que hayamos practicado! (Mt 25,31-46).

San Pablo y la misericordia

En la teología paulina, el término que mejor expresa la misericordia es “misterio” (1Cor 2,6-10; Rom 16,25-26; Col 1,25-27; Ef 3,2-12), acompañado de términos como Evangelio, Kerig-

ma, Revelación, Escrituras. El misterio que se anuncia es que Dios es Padre misericordioso (2Cor 1,3), que acoge incluso al perseguidor (1Cor 7,25; 2Cor 4,1; 1Tim 1,13), que está presto a dar ternura (1Tim 1,2; 2Tim 1,2; Tit 1,4). Para Pablo, judíos y paganos pecan, y ambos necesitan de la misericordia para ser salvados: “Dios incluyó a todos los hombres en la desobediencia para usar con todos misericordia” (Rom 11,32).

La ausencia de misericordia despier-ta la ira divina (Rom 1,31), por eso el cristiano debe amar y acoger (Flp 2,1), tener compasión del necesitado (Ef 4,32): “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordia y Dios de consolación, el cual consuela nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que somos consolados por Dios” (2Cor 1,3-4).

Por su parte, la carta a los hebreos presenta a Jesucristo como sumo sacerdote misericordioso (Heb 2,17), no desde su divinidad, sino desde su fragilidad. El Señor es misericordioso y tiene autoridad (Heb 2,17), es decir es humilde y glorioso, solidario y obediente.

Notemos que primero es la misericordia y luego la autoridad: “no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestra flaqueza; Él las ha experimentado todas, menos el pecado. Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar la gracia en el momento oportuno” (Heb 4,15-16).

Conclusión

La misericordia no es una palabra desgastada, sinónimo de proyecto social para seres vulnerables u oración para interceder por otros. ¡Misericordia es amor de Dios! ¡No hay misión sin misericordia! El cristiano debe vivir la misericordia (Lc 10,25-37), no como lástima por el pobre, remordimiento que hace la crítica, pero que sigue tolerando la injusticia (sacerdote y levita). La real misericordia reacciona ante el sufrimiento y actúa coherentemente (el buen samaritano cura y carga): “El Espíritu del Señor está sobre mí, Él me ha ungido y me ha enviado a dar buenas nuevas a los pobres; a sanar a los quebrados de corazón; a anunciar libertad a los cautivos; a dar vista a los ciegos; a dar libertad a los oprimidos” (Lc 4,18).

Para la Reflexión Personal

“La misericordia sintetiza el Evangelio: es el rostro de Cristo que sale al encuentro de todos, cura a los enfermos, se sienta a la mesa con los pecadores y clavado en la cruz perdona” (Papa Francisco, en el Capítulo General de sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús).

1. ¿Cómo puedes vivir tú centrado en comunión con Dios?
2. ¿Cómo saborear más y mejor la misericordia con mis hermanos y amigos?
3. ¿Qué testimonio de misericordia puedo dar en mi casa / trabajo / estudio?

La Reconciliación



El odio carcome la vida

El origen étnico o racial, una discapacidad, la opción religiosa, la orientación sexual, la fragilidad social son motivos que despiertan conductas de odio y rechazo, que se traducen en agresiones, lesiones, amenazas... ¿Por qué tanto odio entre culturas, pueblos, reli-

giones o grupos humanos? Unos lo explican desde la ignorancia y limitación de gente incapaz de elaborar opiniones completas sobre grandes temas; otros creen que eso es el resultado del uso de los medios de comunicación que crean opiniones que, manipulando sentimientos y percepciones, suscitan prejuicios y odios entre pueblos y grupos.

Es difícil entender el por qué de un odio tan enraizado entre grupos humanos; odio irracional, dañino que han llevado a cientos de masacres... ¡Queremos vivir en un mundo sin odios, sin rechazar al otro porque es diferente! ¡Por ser diferente es que me enriquece!

Hobbes decía que “el hombre es lobo del hombre”, queriendo insinuar que ese era un rasgo esencial de la naturaleza humana. Sin embargo, Rousseau sostenía que la bondad era natural del hombre, porque “todo es perfecto al salir de las manos del Hacedor de todas las cosas”. ¿Quién tiene la razón?

Los cristianos creemos en la reconciliación

La fe cristiana nos enseña que el ser humano vive la tensión que surge de la santidad que nos viene de ser “imagen y semejanza de Dios” y del pecado que surge de la libertad. ¿Cómo superar esa tensión que causa tanta angustia? La propuesta cristiana es la reconciliación. “Sólo el perdón dado y aceptado conduce a un diálogo fecundo que sella la reconciliación plenamente cristiana” (San Juan Pablo II).

Cuando rezamos el Padrenuestro decimos: “perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. ¿Estoy dispuesto a perdonar a quien me ofende?...La reconciliación con Dios exige reconciliación con el hermano: “Sean misericordiosos como el Padre es misericordioso. No juzguen y no serán juzgados; no condenen y no serán condenados. Perdonen y serán perdonados. Den y se les dará:

una medida buena, apretada, remecida hasta rebasar... Porque con la medida con que midan serán medidos” (Lc 6,36-39).

El principio regulador de la ética cristiana es “hacer con el otro lo que te gustaría que hagan contigo” (Mt 7,12; Lc 6,31). Este principio queda claro en la parábola del siervo injusto: un empleado consigue con súplicas que su amo le perdone una gran deuda; pero él no es capaz de perdonar a uno que le debe apenas unos centavos, sino que lo manda a la cárcel. Por eso su señor le recrimina: “¡Siervo malvado! ¿No debías compadecerte de tu compañero como yo me compadecí de ti? Y el señor encolerizado lo entregó a los verdugos... Esto mismo hará con ustedes el Padre celestial si no perdonan de corazón a su hermano” (Lc 18,33-34).

Si Dios es misericordioso, debemos ser iguales: “sean santos como el Padre es santo” (Lc 6,36). Debemos de imitar su relación con la humanidad que se destaca por la misericordia incondicional, que “hace salir el sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos e injustos” (Mt 5,45).

La reconciliación es salvación

El pecado aleja de Dios, del hermano y de la creación. Jesucristo ofrece la posibilidad de una reconciliación gratuita, a través de la Iglesia que cumple el mandato del Señor: “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo, a fin de que todo el que crea en Él no perezca, sino que alcance vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él (Jn 3,17); “El Hijo del

hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,10).

El perdón y el castigo

Muchos piensan en Dios justiciero y nos les cabe la idea de que Dios libremente decide no castigar, sino dar misericordia, perdón y reconciliación. Más de uno dice: “Dios es justo y justamente castiga con el infierno”... Sin embargo, ¡Dios quiere que todos se salven! En rigor, Dios no condena a nadie, quien se condena, lo hace como fruto de su libertad, al no aceptar la reconciliación que Dios le ofrece. El infierno, con el pecado que es su causa, es la única realidad no hecha por Dios, sino contra su voluntad, como fruto de la libertad humana. El amor no puede ser impuesto, Dios lo ofrece gratuitamente, incluso a quien no lo merece; si éste persiste en rechazarlo, se hallará fuera del bien y dentro del mal.

Conversión y comunión

Por tanto, la reconciliación requiere conversión, pues lo que libremente se ofrece, libremente se debe acoger para encaminarse a un cambio de vida que recupere la relación amorosa con Dios, el hermano y la creación: “Que todos sean uno, como tú Padre en mí y yo en ti; que sean uno en nosotros, para que el mundo crea que me has enviado (Jn 17,21).

Debemos ser imagen de la comunión amorosa del Padre, el Hijo y el Espíritu. Pese a la tendencia al pecado que

abre la puerta al pecado que atenta contra la comunión, debemos apostar por la conversión: “conviértanse y crean en la buena noticia” (Mc 1,15). La Buena Noticia es que Dios no quiere condenar, sino salvar (Lc 4,19).

El perdón liberador

Cuando Jesús acoge a los pobres, lisiados y pecadores, muestra el amor de Dios, amor que encuentra su máxima expresión en la parábola del hijo pródigo, momento supremo de reconciliación con el Padre. Esta reconciliación cumple una función humanizadora.

“Si no hubiera perdón y liberación de las consecuencias de lo hecho, la capacidad de acción quedaría paralizada por el hecho de que nunca podríamos liberarnos... El descubridor del papel del perdón en la vida humana es Jesús, quien enseña que no sólo Dios tiene poder de perdonar, sino nosotros también (Lc 5,21-24)... Cometer faltas es algo que ocurre siempre, está en la naturaleza humana, pero también es parte de la naturaleza humana querer establecer nuevas relaciones y para ello se necesita de perdón y liberación. El perdón es, pues, lo opuesto a la venganza y actúa como reacción contra la falta original... Perdonar es una acción que no es mera reacción, sino acción nueva, inesperada... Para el cristianismo, sólo el amor puede perdonar, porque sólo el amor comprende quién es el otro, al punto de estar siempre dispuesto a perdonar... (*Hannah Arendt*).

ESTUDIO 4

Para confesarnos bien

El Papa Francisco pide a los hermanos Obispos que organicen en la Diócesis “misiones para el pueblo” y que celebren el sacramento de la Reconciliación para los fieles. Los pastores, serán solícitos en invitar a los fieles para acercarse “al trono de la gracia, a fin de obtener misericordia y alcanzar la gracia” (Hb 4,16).

Todos los creyentes debemos crear conciencia de la necesidad de revisar cada noche la jornada vivida, para dar gracias por las cosas buenas recibidas y para pedir perdón a Dios por los errores. Ese examen de conciencia nos ayudará a acercarnos con frecuencia al sacramento de la reconciliación (confesión).

La conversión, el cambio de estilo de vida y una fe personal, son requisitos indispensables en la celebración de todo sacramento, especialmente en el Sacramento de la Reconciliación.

**Leamos la Palara de Dios Lc 15,17-21
(Parábola del Padre Bueno)**

En esta parábola encontramos que un hijo le pidió la herencia a su padre y se marchó lejos para malgastarla. Cuando se lo había gastado todo, sobrevino una gran hambre en aquella comarca y comenzó a padecer necesidad. Se fue



a servir a casa de un hombre del país, que le mandó a sus tierras a guardar cerdos. Tenía ganas de llenar su estómago con las algarobas que comían los cerdos y nadie se las daba.

El examen de conciencia

Cuando el hijo menor se descubre hundido en la más profunda de las miserias: “para llenar su estómago habría comido el alimento que daban a los cerdos, pero no se lo permitían”. Así, inicia un proceso de reflexión en

que se da cuenta que si lo ha perdido todo ha sido por su irresponsabilidad, no porque su padre se lo haya quitado. Cuando llega a esa conciencia, da el siguiente paso: ponerse de pie e iniciar el camino de regreso.

El texto dice que aún estaba lejos de la casa paterna cuando el padre lo ve y no espera que llegue, sino que él mismo sale al encuentro y muestra su alegría. Esto es motivo de esperanza para nosotros: el sólo hecho de ponernos en camino ya es motivo para sentir que Dios Padre sale a nuestro

encuentro y nos da la mano para que el proceso de conversión, por difícil que sea, no resulte imposible.

Así, también nosotros debemos tener una actitud humilde cuando acudimos a confesarnos ante el sacerdote. Qué difícil es reconocer públicamente que nos hemos equivocado. ¡Qué difícil es pedir perdón a los que hemos ofendido! Reconocer las equivocaciones es el inicio de la conversión, del cambio de vida. Sólo entonces, la confesión ante el sacerdote, es auténtica y merece el perdón de Dios.

Pasos par una buena confesión

1. Hago un sincero examen de conciencia, en silencio, delante de Dios. Reviso las causas por las cuales no vivo en amistad conmigo mismo, con los demás, con la naturaleza, con Dios.
2. Me arrepiento de corazón por los pecados cometidos, por alejarme de Dios, por mi autosuficiencia, egoísmo y por alejarme de mis hermanos. Rezo el acto de contrición: "Yo confieso"
3. Hago un firme propósito de enmienda, quiero corregir lo malo y convertirme, quiero cambiar mi vida en aquellas cosas en las que me he negado, en las que no quise hacer la voluntad de Dios.
4. Me acerco al sacerdote y confieso mis pecados. Escucho con atención sus consejos y penitencia. También escucho con recogimiento cuando me da la absolución y contesto "Amén".
5. Doy gracias a Dios con todo mi corazón y con alegría, cumplo la penitencia y las buenas acciones que el confesor me recomendó.

Cambiar de Vida

Muchos pecados causan daño al prójimo. Es preciso hacer lo posible para repararlo (por ejemplo, restituir las cosas robadas, restablecer la reputación del que ha sido calumniado, compensar las heridas). La simple justicia exige esto. Pero además el pecado hiere y debilita al pecador mismo, así como sus relaciones

con Dios y con el prójimo. La absolución quita el pecado, pero no remedia todos los desórdenes que el pecado causó.

La persona debe recobrar la plena salud espiritual. Por tanto, debe hacer algo más para reparar sus pecados: debe "satisfacer" de manera apropiada o "expiar" sus pecados. Esta satisfacción se llama también "penitencia".